 **LA FE QUE SANA Y RESUCITA**

Al meditar sobre el Evangelio de este domingo, detengámonos un momento en el verbo "curar", que aparece dos veces en este pasaje. En los evangelios, este verbo también significa sanar, salvar, liberar. Cuando Jairo suplica a Jesús que venga a imponer las manos sobre su hija moribunda "para que se cure y viva", expresa una fe profunda en el poder salvador de Cristo. Asimismo, la mujer que sufría de hemorragias desde hacía 12 años se dice: *"Si logro tocar aunque sea su manto, seré curada"*.

En nuestra vida, todos atravesamos momentos en los que necesitamos ser curados, sanados, liberados. Ya sea de una enfermedad física, una herida emocional, una adicción o un pecado que nos ata. Como Jairo y la mujer hemorroísa, volvamos nuestra mirada hacia Jesús con una fe inquebrantable. Porque solo Él tiene el poder de sanarnos hasta lo más profundo de nuestro ser.

Notemos también que Jesús atribuye la curación de la mujer a su fe: "*Hija, tu fe te ha salvado*". Es creyendo, acercándonos a Cristo con confianza, que podemos recibir las gracias que tanto necesitamos. Aunque a veces, como la multitud, las circunstancias parecen aplastarnos y hacer imposible este acceso al Señor. Tengamos entonces la audacia de esta mujer que se abrió camino a pesar de todo para tocar a Jesús.

Finalmente, ante la muerte de la hija de Jairo, el Maestro nos exhorta: *"No temas; basta que tengas fe"*. En las tormentas y duelos de la vida, mantengamos los ojos fijos en Jesús, él que es la Resurrección y la Vida, él que puede transformar nuestra desesperación en esperanza, nuestras tumbas en cunas de nueva vida. Con Cristo, nunca es demasiado tarde. Nunca es tarde para levantarse, para renacer, para ser sanado y recuperar la paz y la alegría. Dejémonos tomar de la mano por él y escuchemos su llamado lleno de ternura: *"¡Talitha koum! Te digo, Levántate!"*